RESEÑAS

Marco Antonio de la Parra, *La mala memoria: Historia personal de Chile contemporáneo*, 1999, Santiago de Chile, Planeta, 259 p.

Sin dramatismo, pero con una gran intensidad, el autor nos relata los días y las noches de un poco más de cuarenta años de vida en Chile, pero con un especial énfasis en los que corresponden a los años de la dictadura, del país ocupado por sus propias fuerzas armadas, el país de la tortura, del crimen, de los desaparecidos, de los autores de las heridas que no sabemos cuándo se podrán cerrar, de las atrocidades cometidas contra su propio pueblo y que hoy, después de tanto tiempo, continúan impunes.

Es una historia personal, contada sin vergüenza, dando cuenta de sus sueños, esperanzas, en donde tiene un espacio destacado la debilidad humana, su propia debilidad, que tanto nos cuesta siempre expresar.

“Estas páginas son las de un experto en cómo viví yo mi Chile. Que no es el de todos, eso es claro ... la vida se construye así, con conocimientos impresos por la vivencia y con los hechos mediatizados, leídos, trastocados por el deseo y la memoria, la peor de todas.” Sí es una historia personal pero en ella estamos comprendidos todos a quienes nos tocó vivir ese período y no lo podemos olvidar; aun cuando tengamos como defensa la mala memoria, los recuerdos se nos cuelan por todos los espacios de una historia no superada ni para los derrotados ni para los vencedores; quizás es por esto mismo, porque hubo vencedores y derrotados es que seguimos viviendo de esa manera. Pero ningún pueblo puede vivir eternamente con las heridas abiertas; con todo lo crítico que es de la Parra, su relato es una puerta abierta a la reconciliación nacional, que pasa por la verdad, la justicia, el castigo a los culpables, la reparación de tanto dolor y también el perdón.

“Es una carta abierta sobre Chile contemporáneo. Al que le interese. Puede, perfectamente, no leerse completa. Pero yo tenía que escribirla.” Cómo envidio a de la Parra; esta idea se cruzó tantas veces por mi cabeza y me faltó quizás talento o valor para hacerlo; cuando tomé este libro de una

RESEÑAS

mesa en una librería de Santiago supe que se había escrito una parte importante de lo que yo había pensado. Pero no era todo, porque existe ‘un pequeño detalle’, él y yo somos personas distintas, que vivimos de distinta manera y que con toda seguridad vemos el mundo bajo perspectivas diferentes, fuera de esto ‘nada nos diferencia’. Éste es un retrato de Chile y de los chilenos, y como cualquier otro retrato es el de un instante captado por un individuo, no pretende más, no es un análisis sociológico o antropológico de la realidad del país, nos cuenta de cómo se vivió una época crucial para los chilenos, desde la perspectiva de ser uno de ellos, de cómo los veía y de cómo los ve hoy, siendo uno más que intenta establecer formas de convivencia que permitan erradicar de la sociedad chilena el miedo, la arrogancia del triunfador y la amenaza constante de que las diferencias sean resueltas por la violencia.

El autor nos muestra su manera de ver a los chilenos, con un débil asentamiento que está en permanente huida, cambiando de lugar en dirección hacia la cordillera de los Andes para cumplir así quizás el sueño mínimo de grandeza, aproximarse a ser argentinos. Nos cuenta cómo es el chileno, con sus complejos de clase media, que mira hacia lo lejos, ya que piensa que vive en un gran país, pero que se encuentra en un mal vecindario; que es eminentemente europeo, sin mezcla indígena, aun cuando, como señala el autor, basta con salir a la calle para ver al mestizo. No es el relato de un hombre en un país, es el de un hombre con un país adherido, que por fuerza ahoga pero no mata. “Me causa dolor acordarme de todo lo que me acuerdo.” Recordar es volver a vivir, renunciar a no tener memoria, convertir en propias las desgracias de los otros, porque lo son, porque las debilidades de los chilenos son mis debilidades, “no sé si habrá coraje para tanta autocrítica”. Tendrá que haberla, si no todos pagaremos el precio.

En varios pasajes del texto, de la Parra hace mención al verso del himno nacional “es la copia feliz del edén”, para hacer referencia a que en Chile todo es siempre una imitación, nunca original. Posiblemente el chileno no esté preparado para tareas originales; cuando nos convoquen a esas tareas, el país entero se desquiciará, cada cual impulsará su propia locura. Una pizca de locura, que es imprescindible para el arte, resultará un caos en la política; el entrar en razón nuevamente vendrá con la fuerza, con la muerte, será la razón del que la puede imponer.

Mientras se vivía en el éxtasis “nunca la política fue más sueño y nunca la poesía estuvo más cerca del poder”, “era una fiesta total y declarada”.

RESEÑAS

Esto era cierto para casi la mitad de la población; para la otra parte, con razón o sin ella, era un funeral. Vivir la propia muerte era la tragedia de esa otra mitad de los chilenos, nosotros no lo veíamos, quizás por eso nos lo hicieron sentir de una manera tan brutal a partir del 11 de Septiembre de 1973. La muerte y el miedo se instalaron en Chile, así la mitad de los chilenos que tuvieron miedo hizo pagar a la otra mitad el precio de lo que habían vivido, y este precio será morir, ser desaparecido, torturado, encarcelado o exiliado.

De la Parra recuerda que en la tarde del martes 11 llovió en Santiago, yo no lo recuerdo, para mí, que ese día será dramáticamente inolvidable, para mí, que he amado siempre ver llover, que tengo entre los mejores recuerdos de mi infancia pobre el chapotear en el lodo, he olvidado que llovió, aún me cuesta creer que así haya sido; en esos días yo no estaba para gozar de una simpleza como es ver llover, y con seguridad lo olvidé en defensa de futuras lluvias que no tenían porqué pasar por el dolor y la amargura de una lluvia de un 11 de Septiembre.

En el relato de Marco Antonio de la Parra hay posibles respuestas sobre los hechos de la historia de Chile. De sus olvidos, voluntarios o no, enuncia aquí algunos de los que faltan ser escritos para resolver cuentas pendientes. Hechos que se negaron porque atentaban contra el mito de país pacífico y estable al que no le afectaban guerras ni dictaduras, cosas que ocurrían, pero en otras partes. Una matanza por aquí (en Santa María de Iquique), otra por allá (la del Seguro Obrero), y otras que no aparecen de manera significativa consignadas en los textos de historia. El autor desafía a sus lectores a que le desmientan si no es verdadero de que nunca, en ninguna escuela del país, se estudió el siglo XX. Sin embargo, entre 1924 y 1932 hubo golpes militares, presidentes depuestos, muertos, desaparecidos, relegados, dictaduras derrocadas por la movilización popular, un gobierno socialista que duró once días, y tantas cosas... Todo esto se había olvidado, en la conciencia de los chilenos no estaba presente, lo único que se recordaba era lo que se repetía hasta convertirlo en una ley, que Chile constituía un ejemplo de democracia, la más antigua de América Latina, no importando que las elecciones fueran producto de los fraudes, el cohecho y los acarreados, lo que permitía asegurar los resultados a quienes detentaban el poder.

El afán de olvidar y perdonar sin más que muestra el actual gobierno y un importante sector de la sociedad chilena, se inscribe en esta lógica na-

RESEÑAS

cional. Chile es hoy un país ganador, eso es por lo menos lo que se ha exportado; qué importa que tenga un tercio de la población entre la pobreza y la extrema pobreza, inventemos el país que queremos sin importar que la realidad lo desmienta. Qué importa el dolor de unos cuantos miles que no saben dónde están sus familiares, si podemos ganar la buena conciencia de millones. Lo terrible es que esta actitud ha conducido a los chilenos a pagar con sangre y terror cada cincuenta años, más o menos, el precio de las falsificaciones. País de historiadores y maestros en el arte del ocultamiento de la verdad.

De la Parra da cuenta de lo significativo para un pueblo, nos hace recordar, nos pone en presente lo vivido, como lo que en muchas ocasiones queda fuera del libro de historia, lo frívolo, el mundial de fútbol de 1962, cuando todavía un país pequeño y pobre podía hacerlo. Hoy ni en sueños se podría pensar en ello, todo esto y más es parte del entramado que constituye la historia de un pueblo y de las personas que lo forman. Los pueblos son múltiples, diversos en sus virtudes y defectos, éstos se acentúan en uno o en otro sentido dependiendo de las circunstancias específicas que les toca vivir. Eso pasó en Chile, los acontecimientos de la década del sesenta nos fueron alineando detrás de todas las cosas sobre las cuales se podía tener una opinión, desde la política al fútbol, de lo nacional a lo internacional, todo contribuyó a separarnos; no estábamos unidos antes, nos separaban terribles injusticias, pero no pensábamos que había que matar al que pensaba distinto. Poco a poco bastará enunciar una idea para saber si se está ante un amigo o un enemigo, hasta que llegamos a la supresión del diálogo; este país diverso, como todos, se partió por la mitad, con gran ventaja para una parte que se quedó con la fuerza y la impuso por encima de la razón. Muchas veces me he preguntado, por qué tanta saña contra los derrotados, por qué no hubo compasión ni grandeza en los vencedores, y concluyo que posiblemente sea porque tuvieron más miedo del que podían soportar. Unos amenazaron con hacer lo que nunca hicieron, poner de cabeza a la sociedad chilena, construir el socialismo; lo grave es que la otra parte lo creyó con más fuerza que la que proclamaban estas afirmaciones. Si no fuera trágico resultaría conmovedor observar cómo la derecha chilena sigue afirmando y creyendo que esto es lo que justifica los crímenes cometidos en Chile, sustentado más en lo dicho que en lo hecho por la izquierda chilena.

A través de los ojos de De la Parra se va asomando un país en busca de sus autores, que resuelvan esta ruptura, es por esto que el autor compara

RESEÑAS

permanentemente en los días actuales el dramático paso de las opciones de masa a las individuales que ofrece el mercado, intenta tener una respuesta para comprender tanto a los que querían cambiarlo todo de manera ingenua y con un poco de locura, como a los que hoy se refugian en los *malls*, nuevos templos de la fe. El autor no se ubica en una ni en otra opción, ni ayer ni hoy, es uno más de los chilenos desgarrados que buscaban un mundo mejor, sin imposiciones y que vivieron obligados a experiencias no deseadas. De cuando el autor recuerda sus años en la Facultad de Medicina rescato dos afirmaciones que me parecen aleccionadoras para nuestras actitudes presentes: en esos años, señala, “se perdían puntos de vista. No nos oíamos mucho, en verdad. Es como recordar un griterío”. Existen momentos en que pienso que esto es lo que nos conduce a las catástrofes sociales: el no oírnos, pero también el no vernos, la insensibilidad ante las injusticias y las desigualdades. ¿Cómo modificar esta terrible indiferencia que hoy norma nuestra existencia? Con seguridad no podrá ser a gritos y descalificando como lo intentamos a principios de los setenta.

Los días de la Unidad Popular descritos por de la Parra son, parafraseando a Horacio Quiroga, “días de amor, de locura y de muerte”. En ellos nos pasará de todo y todo se transformará. La vida para cada uno de los chilenos tomará caminos que nunca nos imaginamos. “El país se ha vuelto loco”, pero ya no es una locura creativa, es la locura de la destrucción, de la desesperación, de la impotencia. Entramos en la demencia nacional.

Expone, con confusa claridad el día del golpe, el fin de los tiempos y el principio de la nueva fundación de Chile. Nadie entendió ni ha entendido su significado; han pasado 25 años y seguimos sin entender qué nos ocurrió ese día, quizás tendríamos que morir todos, pasar siglos para que ese momento, ese instante en la vida del pueblo chileno se pueda comprender.

De todo el relato de destrucción de la dictadura, de su eclecticismo y pragmatismo, de la paranoia y el mesianismo de Pinochet, del abuso del poder y la transgresión de los derechos humanos, de la Parra destaca sin énfasis pero con gran dolor, cómo lo que más se afectó en la vida chilena “fue la posibilidad de pensar”. El estado de excepción impone el miedo, “se viven –dice el autor– de manera disimulada temas que no se podían hablar, gestos que no se podían hacer, frases que no se podían pronunciar”, “había tanto dolor en el aire que el olvido era urgente”.

Mala memoria terapéutica. Chile era un país en donde el discurso de la dictadura tenía que convertirse en realidad, se vivía en el mejor de los

RESEÑAS

mundos posibles y había que dar gracias por ello; este discurso impuesto fue repetido por la gente mientras pudieron obligarla. Lo ridículo fue, lo es todavía, que los que lo inventaron, la junta de gobierno y sus colaboradores, que sabían sin ninguna duda que era falso, fueron persuadiéndose de esa mentira como si fuese una verdad indiscutible. Hoy se ha transformado en el refugio que los libra de sentimientos de culpa, pero al mismo tiempo les impide entender porqué la inmensa mayoría de la humanidad se alegra de ver a Pinochet detenido: ellos lo ven como su salvador, el mundo, como un dictador despiadado. La mala memoria nos afectó a todos, tenemos que recuperarnos de esta amnesia, nos hará bien.

El autor no es un militante político, confiesa tener simpatía por la democracia cristiana, pero sufrirá de la misma manera asfixiante el estrecho cerco que tendió la dictadura sobre la gente que militaba en la izquierda o era partidaria de Salvador Allende. Posiblemente gracias a esto su relato no requiere de martirios personales o luchas épicas, él mismo se autocalifica de inconsecuente, cuando en realidad sólo resistió a su manera en una realidad adversa que imponía el convivir con el horror.

204

Da cuenta también de esta sociedad global a la que nos integraremos todos, donde somos clientes antes que ciudadanos, en que las decisiones cruciales pasan por la elección del color del microondas, o las pulgadas que debe tener el televisor, ya que sin estos artefactos la vida no tiene sentido. Es su tiempo, nuestro tiempo, es la época del *top*, si eres un *top ten* existes, los demás pasamos a ser coreografía. La libertad se ejerce al comprar. La libertad está en el mercado.

De cuántas cosas hemos sido testigos y de cuántas otras actores en esta segunda mitad del siglo XX lleno de cambios. Ante nuestros ojos todo se transformó en la imagen, pero no en la sustancia; fuimos en busca de novedades para no recordar que en estos cambios perdimos nuestra manera de ver el mundo y que de tanto querer cambiarlo terminamos consolidándolo.

En las páginas finales va decantando la difícil transición en un país que se siente moderno, pero que se tropieza con su pasado sin resolver, donde siguen conviviendo el torturado y el torturador, el que violó con la violada, el asesino con el deudo. "El régimen militar podía parecer conservador pero su uso del lenguaje, la muerte, la tortura y la mentira lo convierten en un gobierno depravado y corrupto." No nos confundamos, podemos ser de izquierda, de centro o de derecha, pero no podemos defender un régimen de crímenes e iniquidades como fue la dictadura chilena. Pinochet es el

RESEÑAS

pasado, Chile no lo necesita, al contrario, su presencia distorsiona la realidad, pero como todo pasado no resuelto reaparece agitando nuevamente las pasiones. Esperemos con fe en la inteligencia de los chilenos que muy pronto lo manden al desván de la historia de donde nunca más pueda salir; espero que ese lugar esté en España.

PATRICIO SEPÚLVEDA
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM